

POST SCRIPTUM* V – CUESTIONES DE COEXISTENCIA

Maria Alejandra Linares

“Lo común” ha perdido su significado en manos del mercado, los medios y el escenario político. Al inicio de “Common Spatialities: The Production of the Multitude”, la autora anuncia esta crisis de “lo común”, en la cual su contenido ha sido cooptado para facilitar procesos de expropiación, privatización y manipulación. “Lo común” ha sido vaciado de sentido, convirtiéndose en un “fantasma”, una abstracción, un simple cliché o, por si fuera poco, en el síntoma de un desinterés colectivo en el que aquello que es de todos, finalmente, no es de nadie.

En respuesta a “lo común”, la autora introduce el concepto de “la multitud”, un espacio conformado por la aglomeración de cuerpos y espacialidades individuales —en el que se mantiene la pluralidad— y que se define por un movimiento constitutivo de negociación constante. De esta manera, el texto invita a pensar en la arquitectura más allá de la “fiscalidad” del ambiente construido, para entenderla como aquella disciplina que organiza el “medio”, el espacio de interacción entre diferentes cuerpos—humanos o más-que-humanos—además de instituciones, objetos, territorios y procesos ecológicos, entre otros agentes y parámetros que conforman la realidad.

¿Qué implicancias tiene pensar la arquitectura desde el “medio” y qué desafíos presenta?

En los últimos años, las crisis generadas por la pandemia de la COVID-19 y la emergencia climática han logrado hacer tangible el conjunto de sistemas interdependientes y relacionales en los que estamos inherentemente involucrados. En particular, han revelado los desbalances de poder que determinan la mayoría de estas relaciones definidas, principalmente, a través de prácticas extractivas —de recursos, trabajo y conocimiento— y estructuras de poder jerárquicas, las cuales han alterado los distintos sistemas, desencadenando un estado de crisis constante. En esta dinámica de poder, la arquitectura ha operado históricamente como herramienta política al materializar las creencias y valores de aquellos en el poder, a través de representaciones, estéticas y estructuras físicas. Sin embargo, en esta misma cualidad radica el potencial de la arquitectura como un instrumento en favor de formas sostenibles, equitativas y justas de “relacionalidad”^[1], que existen y persisten hoy en día. Durante la aparente “pausa” forzada por la cuarentena y el aislamiento, redes de cuidado, manutención y solidaridad sostuvieron comunidades alrededor del mundo, manteniendo aquellos conjuntos de sistemas en movimiento, resistiendo y, a la vez, demostrando el dinamismo de ciertos espacios en favor del colectivo. Ollas comunes, plataformas de información abierta y colectivos para la redistribución de recursos son sólo algunos ejemplos de estas redes y espacios.

Entender la arquitectura como espacio de interacción y negociación, conlleva el desafío de operar en el medio —el milieu— el espacio “invisible” entre las cosas^[2]. Se presenta,

entonces, la oportunidad de enfocar la arquitectura como *interfaz* que no sólo regula, soporta y facilita relaciones entre distintos agentes, sino que, al activarse, las hace evidentes: las comunica. En este sentido, la arquitectura se convierte en espacio de intercambio y negociación—de recursos, trabajo, sustancias, energía— donde el individuo y su directa asociación con la idea de “ser humano” pierden centralidad, en favor de una comunidad expandida.

Así pues, es posible expandir las respuestas desde la arquitectura ante una crisis, más allá de soluciones ancladas en lo formal o tipológico-programático que, tradicionalmente, se centran en el objeto construido. La ruptura del binario problema-solución permite ampliar el vocabulario arquitectónico complicando la práctica de la arquitectura y desmitificando la figura del experto único, al insertar acciones adicionales a “resolver” tales como: facilitar, comunicar, traducir, mantener, promover, escuchar, sanar, cuidar que reconocen la agencia de los otros actores. Además cuestiona términos capitalistas como “clientes”, “beneficios”, “necesidades” y las jerarquías que se imponen sobre los agentes involucrados en los procesos de diseño.

Como explica la autora, trabajar con el medio obliga a dirigir la atención a la materialidad de la vida diaria. Para intervenir en esta complejidad es importante reconocer el valor de la representación gráfica en su potencial para imaginar coexistencias alternativas, donde, desde la interfaz arquitectónica se promueven formas de relacionalidad, comunalidad e interdependencia. Sobre todo, en su potencial para cuestionar formas de visualización que perpetúan desbalances de poder, a través de imágenes “universales”, tales como los mapas convencionales que homogeneizan y abstraen territorios desde la “mirada desde arriba”.

La arquitectura, como disciplina visual, cuenta con la técnica para expandir la manera en la que “hacemos visible” el medio —o esa “multitud”—, incluyendo las redes, relaciones, tensiones y modos de reciprocidad que lo componen. Si la manera en la que “vemos” da forma a nuestro pensamiento como arquitectos e influye directamente en la manera que operamos, es importante cuestionarnos cómo el dibujo y otras formas de representación pueden describir relaciones, en lugar de buscar determinarlas.

Pensar en el medio como el espacio desde el cual articular formas sostenibles de coexistencia no es algo nuevo; es en esencia un proyecto decolonial.

Comunidades indígenas alrededor del mundo y en el Perú —como por ejemplo, los Kukama Kukamiria (Fig.1)—describen, en la tradición oral, su espacio como la composición de diferentes mundos, en el que humanos y más-que-humanos interactúan reproduciendo formas de comunalidad. Representadas en objetos y obras pictóricas, estas contra-cartografías revelan formas alternativas de conocimiento, relaciones y convivencia.

Sin buscar generalizar, al centro de muchas cosmovisiones indígenas se encuentra la interdependencia del medio, con implicancias directas en la forma de construir y transformar territorios. Este conocimiento, representado en “contra-cartografías indígenas”, entienden y muestran el territorio no como una superficie a ser ocupada o explotada, sino como un agente activo dentro de un ecosistema integrado, donde lo que ocurre en una parte afecta a otra. Es decir, comunican una interfaz]. Asimismo, introducen nuevas perspectivas en la forma de representación geográfica, desafiando miradas institucionalizadas. Reconociendo el poder de

las imágenes en este momento, representaciones indígenas de soberanía y convivencia desafían el conocimiento disciplinar, informando cambios en cómo vemos, navegamos, conocemos y construimos territorios. Además, permiten imaginar y articular futuros alternativos de coexistencia donde el “nosotros” —y por tanto, aquello que llamamos arquitectura— se construye desde la multitud.

Referencias:

^[1] Se refiere al principio por el cual todo se encuentra vinculado e interconectado, asegurando que nada permanezca en aislamiento.

^[2] Keller Easterling, *Medium Design* (New York: Verso Books, 2021)